

TRAS LA  
CORTINA  
DE HUMO

*Tras la cortina de humo*

Título original: *Veiled in Smoke*

© 2020 by Jocelyn Green  
Originally published in English under the title:  
*Veiled in Smoke*  
by Bethany House Publishers,  
a division of Baker Publishing Group,  
Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.  
All rights reserved

© de la traducción: Noemí Jiménez Furquet

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.  
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta  
28036 Madrid  
[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)  
[@librosdeseda](https://www.facebook.com/librosdesedaeditorial)  
[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Nèlia Creixell  
Maquetación: Rasgo Audaz, Sdad. Coop.

Imagen de la cubierta: : © Ilina Simeonova/Trevillion Images (jóvenes abrazadas);  
Michael Gaida/Pixabay (fondo)

Primera edición: marzo de 2022

Depósito legal: M. XX.XXX-2022  
ISBN: 978-84-17626-61-7

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

JOCELYN GREEN

TRAS LA  
CORTINA  
DE HUMO

Libros de  
*seda*



*A todos aquellos heridos por la pérdida y el dolor.  
Que Dios os traiga belleza de entre las cenizas.*



«La fortaleza, si la tenemos, es algo que no radica en nosotros mismos; es un don».

CHARLOTTE BRONTË





## CAPÍTULO 1

*Chicago, jueves, 28 de septiembre de 1871*

**E**l padre de Meg había desaparecido. Otra vez.

Se quedó parada en el cuarto vacío tan solo un momento, tratando de pensar. Los grillos cantaban al otro lado de las ventanas abiertas y la luz de la luna se derramaba sobre la cama deshecha. Seguro que no habría ido muy lejos.

Un golpe de viento cerró la puerta. Con creciente temor, abrió el cajón superior del escritorio de Stephen y lo halló vacío. «Oh, no».

Enfilaba a toda prisa el pasillo de su apartamento en la segunda planta cuando se topó con su hermana, Sylvie, que salía de su propia habitación, con el oscuro cabello recogido en una trenza que le bajaba por la espalda. Tenía veintiún años, era dos años menor que Meg, aunque al tener el ceño fruncido se adivinaban los pesares de alguien mucho mayor.

—Acabo de oír un portazo. ¿Se ha ido? —preguntó Sylvie.

—Y lleva la pistola.

Meg corrió a la escalera exterior del edificio. Notó el frío del metal en la piel conforme subía descalza; una mano pálida sobre la barandilla, la otra levantándose el bajo del camisón mientras el aire húmedo soplaba a su alrededor.

—¡Espera! —gritó Sylvie desde abajo, pero Meg no aflojó el paso hasta que alcanzó el descansillo que quedaba a medio camino entre la tercera planta y la azotea. Las escaleras temblaron cuando Sylvie echó a correr tras ella—. ¡Espera!

Con los ojos desorbitados y sin aliento, alcanzó a Meg y la agarró del brazo.

—¡Shhh! —susurró al tiempo que apuntaba por encima de ellas. Stephen caminaba por la azotea, tan larga como el edificio, patrullando a fin de proteger la propiedad de unos peligros que solo él imaginaba—. No lo asustes. Tengo que convencerlo para que entre antes de que nadie más lo vea.

—¡No, por favor!

Con una fuerza inusitada, Sylvie tiró de su hermana hasta que ambas se sentaron en el descansillo, dando la espalda a los ladrillos, que les arañaban los camisones de algodón que llevaban. Abajo, en la calle, se veían las farolas, rodeadas de pálidas coronas de luz.

—¿Qué vas a hacer? —musitó Meg. Al otro lado de la pared se encontraba el apartamento de la tercera planta, que alquilaban a James y Flora Spencer. La joven esperaba que los viejos inquilinos no se despertasen.

—Escúchame. —La punta de la trenza de Sylvie se mecía con el viento que gemía alrededor del edificio. Clavó los dedos en el brazo a su hermana.—. Tú lo recuerdas como era antes de la guerra, antes de que Andersonville lo cambiara. Yo lo conozco tal y como es ahora. Es impredecible, Meg. No te acerques a él. Ojalá nuestra madre no lo hubiera hecho.

A Meg la voz se le quedó atrapada en un duro nudo en la base de la garganta. Tragando saliva, se obligó a hablar:

—Estaba enferma, y jamás debió salir de la cama.

Sylvie tensó la mandíbula y resopló.

—Según lo cuentas, se diría que ella tuvo la culpa.

A Meg se le escapó el cabello, rubio, de la trenza, y le azotó el rostro.

—Si alguien tuvo la culpa, fui yo.

Aun enferma, la primera preocupación de Ruth siempre había sido su marido. Meg se había quedado dormida cuando le tocaba hacer guardia; de lo contrario, habría detenido a su madre y habría salido a buscar a su padre ella misma. Su madre se caló hasta los huesos aquella noche de tormenta, tratando de convencer a su marido para que bajase. Su débil salud no lo soportó. Jamás logró recuperarse.

—Con sus últimas palabras, me rogó que lo cuidase. Se lo prometí. Y eso es exactamente lo que trato de hacer.

Sylvie, con la barbilla apoyada en las rodillas, contempló la silueta oscura de la ciudad. Los murciélagos se entrecruzaban por delante de la luna. Algunos bloques más allá se oían voces *in crescendo*, lo que indicaba que un grupo salía de un espectáculo musical, teatro o taberna. Al oírlo, su padre se puso más nervioso y, sin dejar de caminar, comenzó a farfullar para sí.

Sylvie le asió la mano a Meg.

—Creo que necesita ayuda.

—Estoy de acuerdo. Antes de que haga daño a alguien.



Una tenue luz titiló tras la ventana del apartamento de James y Flora. Meg comenzó a ponerse en pie.

—No. —Sylvie tiró de su hermana para impedir que se levantase—. No me refiero a nuestra ayuda, sino de otro tipo. —Esperó a que la voz de su padre se alejase hacia el otro extremo de la azotea—. Creo que necesita más de lo que nosotras podemos brindarle.

—¿Qué quieres decir?

—Han pasado seis años y sigue sin ser él.

—No está loco —siseó Meg.

—No he dicho que lo esté. Pero tampoco está bien. Es hora de que nos planteemos algún tratamiento.

—Tratamiento. —Meg sintió cómo la frustración la atravesaba—. Eso es lo que hacen en el sanatorio. No. Nuestra madre nunca habría querido algo así para él.

—Nuestra madre no está aquí. Ya hace dos años que no está.

—Bien, entonces soy yo quien no lo quiere.

La voz de Stephen, flotando sobre sus cabezas, comenzó a oírse más fuerte. Al cambiar de sentido, unas astillas alquitranadas de madera de la azotea cayeron escaleras abajo y aterrizaron en su regazo. Su padre se estaba acercando demasiado al borde. El corazón de Meg latía con fuerza. ¿Y si resbalaba, con el dedo en el gatillo de la pistola?

Por debajo de ellos, un perro ladró y, al echar a correr por el callejón cubierto de hojas, empujó una caja llena de latas. Dos caballeros se hicieron a un lado y casi cayeron antes de soltar una risa beoda y despedirse ante la puerta del hotel Sherman House, que compartía edificio con la librería que la familia de Meg poseía en la planta baja.

Tenía la piel húmeda de sudor y, con el viento helado, se estremeció.

—Después de haber pasado tanto tiempo en un campo de prisioneros, ¿cómo crees que reaccionaría si lo encerrasen en un manicomio? —Una nube pasó por delante de la luna—. No irá —concluyó, poniéndose en pie sin esperar respuesta de su hermana.

—¿Quién anda ahí? —Stephen apretó el paso hacia ellas—. ¡Da la cara!

Sin inmutarse, Meg lo llamó.

—¿Padre? Soy yo, Meg. No pasa nada.

—¿Meg?

—Sí, somos Meg y Sylvie. Estamos en la escalera. No hay nadie más.



El hombre caminó con rigidez hasta el borde del edificio y miró hacia abajo.

—¿Qué diantres hacéis ahí? —exclamó, con el brillo del revólver Colt del ejército en la mano—. Soy yo quien ha de montar guardia, no vosotras.

—Deje la pistola —respondió Meg, con voz calmada—. No hace falta. Entre en casa.

La luz de la luna se reflejó en los ojos de Stephen.

—No puedo entrar. He de montar guardia.

En el momento en que Meg comenzó a subir las escaleras, Sylvie tiró de ella y masculló:

—Ni se te ocurra. No subas ahí.

Atrapada entre el miedo de su hermana y la paranoia de su padre, Meg notó que se le tensaban los hombros. ¿Cómo iba a cuidar de uno sin dejar de lado al otro? No era de extrañar que su madre hubiera sufrido hemorragias nasales crónicas desde que su padre volvió a casa.

Alzando la cabeza, Meg trató de razonar con él.

—Hace muchísimo viento ahí arriba. Estamos cansadas y queremos irnos a casa. Vámonos los tres. Cuando hayamos llegado, cerramos la puerta y ya está.

No obtuvo sino silencio por respuesta. Pasado un buen rato, la escalera tembló con los pesados pasos de su padre. Meg sabía que no era el momento de abrazarlo, pues el contacto ya no lo reconfortaba. Daba igual: en aquel momento, más que sentir afecto estaba irritada. Y se había dado cuenta de que la compasión no era infinita.

—Se han llevado a John. —Echó la vista tras de sí antes de mirar abajo, inspeccionando los alrededores con el rostro teñido de preocupación—. Hoy he recibido una carta en la que dicen que lo han sacado de casa y lo han encerrado. Dicen que estará a salvo, pero no es cierto, ¿sabéis? No está bien. Se han llevado a John.

—Tiene que descansar —le dijo Sylvie—. Vamos adentro.

El hombre resopló.

—No estoy cansado —afirmó antes de bajar la voz—. El mal acecha, lo sé. John debió de bajar la guardia; si no, jamás lo habrían atrapado. A mí no me pillarán desprevenido. No volverán a encerrarme. Por mi vida que no.

—Claro que no, padre. —A Meg se le pegaba el polvo a la piel con cada golpe de viento—. Vámonos a casa.



El hombre se acarició la barba, pensativo.

—Padre, por favor —musitó Sylvie, frotándose los brazos.

Antes de que obtuviera respuesta, la campana de incendios sonó desde la cúpula de los juzgados, atrayendo su atención.

—No pasa nada —terció Meg—. Mire a su alrededor, padre: no hay ningún peligro a la vista. Será algún pequeño incendio en alguna parte. Ya sabe que el vigía tiene la obligación de tañer la campana cada vez que se llama a los bomberos desde cualquier punto de la ciudad.

Había crecido oyendo la campana sin prestarle atención, aunque últimamente sonaba con más frecuencia que nunca debido al verano seco y a los vientos fuertes que llegaban desde las praderas. Pero el número de toques indicaba en qué lugar de la ciudad se hallaba el incendio, por lo que sabían que se encontraban lejos del peligro.

Aun así, cada uno de los tañidos de la enorme campana añadía más desesperación al semblante de Stephen.

—Meteos en casa, muchachas —dijo al cabo de un rato—. El mal acecha. Lo sé. No me pillaré desprevenido.

Sylvie corrió escaleras abajo, Stephen regresó a la azotea y Meg se quedó en medio, con los brazos extendidos tratando de alcanzarlos y las manos vacías.



### *Viernes, 29 de septiembre de 1871*

A Meg le costaba admitirlo para sí, cuanto más ante Sylvie, pero más allá de impedir que encerrasen a su padre, no tenía idea de cómo aplacar su mente y su espíritu. Era un pensamiento incómodo que solo podía obviar si trabajaba, pues entonces podía perderse en aquello que sí sabía hacer.

Así, en el rincón suroriental de la librería familiar, flanqueada por el escaparate, Meg estrujó los tubos metálicos de pintura para depositarla en la paleta; luego añadió una porción de disolvente en el centro. Notó que la tensión de los hombros se aliviaba cuando empezó a mezclar los colores.

—Las diez. Espero que hoy haya más movimiento del que hemos tenido esta semana —dijo Sylvie al tiempo que abría la puerta delantera y daba la vuelta al cartel para anunciar que la librería Rincón de Libros y Más estaba abierta.



Meg echó un vistazo al bullicio de la calle. Desde la posición estratégica de la librería en la esquina de las calles Randolph y Clark, alcanzaba a ver en diagonal toda la plaza del Palacio de Justicia. Coches de caballos, carros y carretas traqueteaban por el adoquinado de pino de la calle. Damas ataviadas con elegantes faldas y corpiños y hombres de traje amplio se apeaban todos a la vez de un tranvía para alcanzar las aceras elevadas de madera. En Chicago vivían más de trescientas mil almas. Que al menos el uno por ciento, una pequeña fracción, pensara en comprar un libro no era una esperanza vana.

—Aún tenemos la renta de los inquilinos —le recordó Meg a su hermana—. Y si Beth y Rosemary no nos visitan hoy, tendrás más tiempo para dedicárselo a los clientes.

Las dos mejores amigas de Sylvie, de cuando iba al colegio, eran simpáticas, pero más les valía no distraer a la joven mientras trabajaba. Con que las tres se vieran en la iglesia debía ser suficiente, o en la panadería de Hoffman, situada al final de la manzana, y en casa de Beth y Rosemary.

—Si tus amigas vinieran a verte, yo no las echaría —respondió Sylvie, tensa.

Pero eso era harto improbable, y ambas lo sabían. Las pocas amigas de Meg estaban casadas, atadas al hogar por las cintas del mandil. Tenían maridos e hijos que atender. Meg tenía la tienda y a su padre, y ya se había olvidado de sus sueños de juventud. Había aceptado que la guerra se había llevado a muchos jóvenes y que, sea como fuere, cuidar de su padre era su obligación. Ni marido ni hijos propios.

Resuelta, Meg se volvió hacia su retrato de Margaret Hale, la heroína de *Norte y sur*, de Elizabeth Gaskell. Cuando hubiera acabado de leérselo, Margaret pasaría a formar parte de la docena de personajes favoritos que colgaban de las paredes de la librería. Los clientes no solo acudían a comprar libros, sino a ver qué personaje estaba pintando Meg en ese momento, motivo por el que tan a menudo lo hacía allí y no en su estudio del piso superior. Incluso había llegado a vender algunos de aquellos retratos, aunque no tantos como le hubiera gustado.

Tras mezclar un poco de disolvente con la pintura, frotó el fondo del lienzo. Estaba tan concentrada que no se percató de que alguien había entrado en la librería hasta que lo vio junto a ella.

—¡Buenos días, querida!





Apoyado en el bastón, Hiram Sloane quedaba a la altura de la joven, pues los años le habían encorvado los hombros ocultos por una levita de espiga marrón. Durante años había desempeñado el papel de amable tío de Meg y Sylvie, y de guardián de la familia mientras su padre estuvo en la guerra.

—Mi padre se alegrará de verlo —le dijo Meg. Los dos hombres se habían conocido en una reunión abolicionista diez años antes de que estallara la Guerra Civil. Habían entablado amistad enseguida y quedaban una y otra vez para departir sobre convicciones compartidas, noticias o literatura. Aquel era el único amigo que le quedaba a Stephen—. Creo que está en el jardín trasero.

—Hace un día estupendo para estar al sol. Habría venido andando si mi cochero me lo hubiera permitido.

—En tal caso, Eli tiene más juicio que usted —se rio Meg, quitándole hierro a sus palabras.

La casa de Hiram quedaba a cuatro kilómetros al sur. No solo estaba demasiado lejos para que alguien de la edad de Hiram recorriera la distancia a pie, sino que el último verano lo había intentado tres veces y se había perdido. Gracias a Dios que no había terminado en alguno de los barrios de perdición de la ribera del río. En cada ocasión, un policía lo había llevado de vuelta a casa antes de que corriese peligro.

—Sí, Eli. —Por el modo en que repitió el nombre, Meg vio que trataba de guardarlo en la memoria una vez más—. Muy bien. Iré a ver a tu padre una vez le haya presentado mis respetos a tu hermana —concluyó antes de adentrarse en el establecimiento.

Algunos viandantes se detuvieron ante el escaparate a contemplar cómo Meg difuminaba el fondo con una gran brocha de cerdas planas. Sus pensamientos, sin embargo, seguían junto a su padre, quien tendría que haber estado inclinado sobre su mesa de trabajo en la parte trasera, reparando la encuadernación rota de alguna primera edición singular. Antes de la guerra, se enorgullecía y disfrutaba sobremanera reparando lo que estaba roto, restaurando y renovando antiguos tesoros. Ahora ya no siempre era capaz de concentrarse lo necesario. Meg inhaló los aromas del aceite de linaza y la trementina antes de exhalar con lentitud. Por fin había relegado sus preocupaciones al último rincón de la mente cuando la puerta volvió a abrirse.

Algunas hojas secas penetraron en el establecimiento, aplastadas por un par de zapatos agrietados por el uso, aunque lustrados. Su dueño



consultó el reloj y se lo guardó en el chaleco antes de quitarse el sombrero hongo. El cabello castaño le rozaba el cuello del traje color canela.

Sylvie dejó a Hiram y se acercó al cliente con un frufú de la falda tableada.

—Señor Pierce, qué placer verlo por aquí.

El hombre hizo una leve reverencia antes de subirse los anteojos hasta el puente de la nariz.

—Una vez más, gracias por invitarme a venir.

—Un placer. Esta es mi hermana, Meg. Meg, este es el señor Nathaniel Pierce, del *Chicago Tribune*. Lo conocimos el domingo en el Hogar del Soldado.

—Encantado de conocerla —dijo el señor Pierce, mirando fijamente a Meg.

La joven le dedicó una sonrisa al tiempo que lo evaluaba desde la perspectiva del artista, tomando nota del tono exacto de azul de sus ojos, las proporciones de su esbelta silueta, el brillo del sol en su cabello y los dedos largos y finos, con una mancha de tinta en uno de ellos.

—Mi hermana puede ayudarlo a encontrar lo que necesite. O a quien necesite, dado el caso. A David Copperfield, ¿quizá? ¿O a la escurridiza Moby Dick?

El hombre elevó una de las comisuras de los labios, al tiempo que se pasaba la mano por los dos remolinos que tenía en la coronilla.

—A Stephen Townsend, si no le importa. Por si la señorita Sylvie no se lo ha contado, estoy preparando un artículo sobre los héroes de guerra de Chicago y me gustaría recopilar las experiencias de su padre.

—Un artículo. —Tragándose la sorpresa que había asomado a su voz, Meg soltó la brocha y se acercó al hombre haciendo crujir la muselina de su falda verde manzana—. ¿Ahora? ¿Seis años tras el fin de la guerra?

—Diez años tras el comienzo. Un buen momento para la reflexión, ¿no cree?

Qué privilegio que algunos pudieran esperar tanto antes de plantearse el coste de la contienda, cuando ella y Sylvie no habían podido escapar de las consecuencias.

—Hizo diez años en abril. Llega un poco tarde, ¿no le parece?

—Desde entonces he estado escribiendo regularmente sobre nuestros veteranos. —El señor Pierce la miró como si tuviera ganas de decirle que lo sabría si leyera el periódico—. Solo continúo con la serie.

Hiram se les unió con el ceño fruncido.





—Conque escribiendo sobre la guerra, ¿eh, joven? Vaya, pues si le soy de ayuda, aquí me tiene. Trabajé como guardián en la prisión de Camp Douglas, en la zona sur de la ciudad. Lo recuerdo bien.

Ahí tenía razón. Era todo lo sucedido tras la guerra lo que últimamente parecía escapársele a Hiram de la memoria.

Mientras los dos hombres charlaban, Meg arrastró a Sylvie hacia el mostrador. Sobre él descansaba el ejemplar de *Mujercitas* de su madre, que la menor de las hermanas debía de estar leyendo. No solo contenía las notas al margen de la madre, sino también la fotografía que su padre se había hecho al alistarse. La preciada imagen mostraba a Stephen tal y como era antes de que la guerra lo cambiara. Él se negaba a verla, pero sus hijas no se habrían separado de ella por nada del mundo.

Meg miró al reportero antes de volver la vista hacia su hermana.

—¿Qué es exactamente lo que habéis acordado?

—Nada malo. El señor Pierce estaba recopilando historias en el Hogar del Soldado la semana pasada cuando fui a entregar unos libros. En cuanto se enteró de lo de nuestro padre, me pidió entrevistarle y accedí.

—Para un artículo del periódico. Él apenas habla con nosotras de la guerra. ¿Qué te hace pensar que va a hacerlo con un desconocido?

—¿Por qué no? —Sylvie se enderezó el camafeo que llevaba al cuello—. Quiero que todo Chicago se entere de los sacrificios que hizo por la ciudad. Por el país. Mira —dijo señalando el ventanal del escaparate—. Toda esa gente a su aire, como si no hubiera pasado nada. Esta ciudad se hizo rica a costa de la guerra, asquerosamente rica, mientras que los soldados dieron la vida, perdieron la integridad física o volvieron a casa con el alma rota y sin esperanza de recuperación.

Meg sintió una opresión en la garganta.

—Nuestro padre aún puede curarse. Únicamente necesita tiempo, paciencia y amor.

Tal era la convicción que su madre le había inculcado antes de morir. Tan solo esperaba que su voz sonase tan confiada como sus palabras.

Sylvie apartó la vista.

—Ha tenido tiempo, amor y paciencia. Pero quizá también podría mostrar un poco más de respeto. Y podría ayudar en la tienda. Nos hace falta. Podríamos atraer nuevos clientes de otras partes de la ciudad que quisieran patrocinar el establecimiento de un veterano. Un artículo es nuestra mejor oportunidad de conseguirlo.



—¿Quieres explotar a nuestro padre para obtener ganancias?

—Disculpe —terció el señor Pierce en la discusión, con Hiram aún a su lado—, pero yo no exploto a nadie.

—Nuestro padre... —Meg se detuvo antes de decir que era distinto a los demás veteranos. Que era fácil de explotar, que los niños ya se mofaban de él. Que arrojaban cortezas de pan y corazones de manzana por la valla del jardín trasero de los Townsend para reírse cuando Stephen se apresuraba a recogerlos. Alzó el mentón y volvió a empezar—: Nuestro padre sobrevivió a Andersonville.

—Justo por eso hay que difundir su historia.

Hiram golpeó el suelo con el bastón.

—¡Claro que sí! Muchachas, vuestro padre es un hombre adulto. Déjémosle la cuestión a él, ¿os parece? Concedámosle la dignidad de que lo decida él mismo.

Sylvie suavizó el ceño fruncido y la arruga que lo dibujaba desapareció.

—Yo me haré cargo de la tienda.

Aceptando la derrota, Meg dejó a medias lo que estaba pintando y condujo a los hombres hacia la única tarea en la que no parecía capaz de progresar.



No era cierto, Meg se había percatado años atrás: el fin de la guerra no implicaba el fin del sufrimiento. Se había dado cuenta a los diecisiete años, mientras esperaba abrazada a su madre y su hermana el regreso de su padre en el andén de la estación. Las locomotoras siseaban, los silbatos pitaban, las gentes pisaban el suelo cubierto de hollín. Medio mareada por la anticipación, había estirado el cuello buscando su silueta y su rostro. Pero el desconocido que acabó por abrirse paso hasta ellas no se parecía en nada a Stephen Townsend. Se le veía demacrado, cubierto de costras, y el aliento le apestaba a enfermedad. Hasta su voz parecía apagada. Del hombre que recordaban solo quedaban los ojos, pero se veían tormentosos y torturados.

Aquella noche, de vuelta en casa, en lugar de retomar su puesto a la cabecera de la mesa, había dejado la silla vacante y había preferido sentarse en otro lugar. Cuando Meg le había señalado el asiento vacío que llevaba cuatro años esperando su regreso, había respondido: «El hombre que



se fue no es el hombre que ha vuelto. Lo lamento. Sé que es una desilusión. Yo también lo siento así».

Meg se preguntó si también desilusionaría a Nathaniel Pierce. Aunque las huellas que había dejado en él la inanición habían desaparecido, seguía con mala cara, llevaba la barba mal cortada y tenía los ojos siempre alerta. Estaba acucillado en el extremo más alejado del jardín, con las rodilleras del pantalón brillantes por el desgaste, y eso que tenía un armario repleto de pantalones que podía ponerse. Llevaba una cantimplora colgada de la cadera. Al ver que se acercaban, los detuvo alzando una mano antes de señalar el motivo.

Bajo un tilo desnudo, un perro callejero devoraba la tarta de arándanos que la noche anterior Meg había traído de la pastelería. Esparcidas entre las hojas muertas se veían las migajas de lo que imaginó había sido una barra de pan.

Meg contempló la escena con impotencia, flanqueada por Hiram y el señor Pierce. Acabado el festín, el animal errante se escabulló por un agujero en la valla de madera. El aire era cálido y seco como el polvo, pues desde julio no caía una gota de lluvia.

—Padre. —Meg se acercó con cuidado de esquivar las marcas que el hombre había dibujado en el suelo, mientras Hiram aguardaba atrás con el señor Pierce—. El pan y la tarta eran para nosotros —susurró.

—Tenía hambre. Ningún hombre ni animal debería conocer el hambre. Si una criatura se me acerca pidiendo comida y puedo dársela, lo haré. Siempre.

Viendo la compasión y la amabilidad de su acto, Meg asintió, aunque se preguntó si el reportero lo interpretaría igual que ella.

Stephen se pasó la mano por la barba castaña, moteada de toscas hebras grises a pesar de que tenía más de cuarenta y cinco años.

—¿Quién es el hombre que está con Hiram?

—Se llama Nathaniel Pierce y es periodista del *Tribune*. Sylvie lo conoció en el Hogar del Soldado. Desea conocer sus experiencias durante la guerra para una serie de artículos que está escribiendo sobre los veteranos de Chicago. Si quiere, se lo presento —dijo Meg, confiriendo a la última frase la entonación de una pregunta.

—¿Quiere información? —Stephen lo observó con los ojos entrecerrados. Al cabo de un rato, dijo—: Veamos qué quiere.

Caminó hasta los dos hombres con paso torpe por el continuo dolor de las articulaciones.



—¡Stephen! —Hiram le estrechó la mano—. Este joven desea conocer lo que tengas que decir sobre Andersonville. Dice que publicará en ese periódico suyo lo que quieras que la ciudad sepa al respecto.

—Será un honor, señor —confirmó el señor Pierce, tendiéndole la mano.

Stephen lo evitó y se llevó a Hiram a un aparte. El señor Pierce dio un paso atrás para permitirles mayor privacidad. Meg le ofreció una débil sonrisa a modo de disculpa. En la tercera planta se entreabrió una ventana, por lo que imaginó que los Spencer estarían oyéndolo y observándolo todo.

—¿Quién es este hombre en realidad? —le susurró Stephen a Hiram—. ¿Qué sabemos de él?

Este le asió el brazo y trató de convencerlo.

—Es un reportero, amigo mío. Solo quiere escuchar tu testimonio.

Gracias a Dios que tenían a Hiram Sloane. Disiparía las sospechas de Stephen de un modo imposible para ella, puesto que su padre la consideraba una ingenua. Si Meg hubiera nacido varón en lugar de mujer, tal vez habría tenido en cuenta su opinión. Si hubiera sido un muchacho, habría ido a la guerra y luchado junto a él. En cambio, era una hija que había necesitado de tiempo y atención adicionales en la infancia, y aún la consideraba «delicada». Si tal adjetivo implicaba que era una persona frágil, se equivocaba.

—La decisión es tuya, por descontado —añadió Hiram—. Pero yo me fío de él. Está dispuesto a oír lo que tengas que decirle. Algunos lo considerarían un verdadero regalo.

Hiram no era consciente de que él sí le hacía un regalo cada vez que iba a visitarlo y escuchaba las mismas anécdotas una y otra vez con igual atención, como si fuera la primera ocasión en que las oía. Aunque en su mente, así era.

El señor Pierce cambió el peso del cuerpo y se llevó el sombrero al corazón.

—En verdad sería un honor conocer los sacrificios que hizo y dárselos a conocer a nuestros lectores. Todos estamos en deuda con usted.

—¿Sirvió en el ejército? ¿O era demasiado joven para alistarse?

Las mejillas del reportero se tiñeron de un leve rubor.

—Cuando estalló la guerra, tenía veinte años. Era lo bastante mayor como para quedarme aquí y criar a mis tres hermanastros menores.



Meg reprimió un gesto de sorpresa. Si no era un veterano, ¿cómo iba a entender y a retratar a alguien como su padre?

—Puede que, después de todo, no sea una buena idea. Gracias por su tiempo —dijo, tocándole el codo al señor Pierce para darle a entender que era el momento de marcharse.

Stephen extendió una mano para detenerlos. Tenía las uñas llenas de tierra.

—¿Y sus padres?

—La epidemia de cólera del cincuenta y uno se llevó a mi madre, a mi padrastro y a numerosos vecinos.

Hiram chasqueó la lengua.

—Y usted tuvo que ocuparse de los niños.

—Lo mínimo que puedo hacer ahora es consignar historias como la suya —continuó el señor Pierce—. Y, siendo como es librero, seguro que entenderá la importancia de no dejar que la historia se pierda. Tenemos mucho que aprender de usted, señor.

Stephen enlazó la correa de la cantimplora con el pulgar y se encaminó hacia la parte trasera de la casa, como si reflexionara.

—Lejos de mí juzgar a un hombre por cuidar de los suyos. —Se aclaró la garganta—. Hablaré.

—Bien. Se lo agradezco.

Una sonrisa contenida dulcificó el rostro del señor Pierce. Volvió a ponerse el sombrero y preguntó si Stephen prefería celebrar la entrevista en algún otro lugar.

—Aquí está bien —respondió Stephen—. Está bien, sí.

El hombre extendió los brazos y, al girar en un lento círculo, levantó el polvo y se formó una nube entorno a sus botas. Meg siguió su mirada y vio a través de sus ojos aquello a lo que ya se había acostumbrado durante los últimos seis años.

Stephen había arrancado toda la hierba. Había un gran rectángulo que abarcaba la casi totalidad del jardín y en él una serie de estacas talladas en punta. Por dentro de dicha barrera había otro perímetro construido de igual manera. En el interior de este segundo rectángulo podía leerse escrito con filas de piedrecillas: LÍNEA DE LA MUERTE. Tres líneas rectas estaban marcadas como CALLE DEL MERCADO, CALLE DEL AGUA y CALLE SUR. La mitad meridional del rectángulo se veía atravesada por un profundo surco que Stephen había practicado con un cuchillo. Al verlo seco,



se agachó y vertió agua de la cantimplora. ARROYO DE LA EMPALIZADA, rezaban las piedrecillas dispuestas a lo largo del reguero. Por dentro de la línea de la muerte había un sinfín de pequeños retales clavados en el duro suelo.

El hombre se puso en pie y tomó un sorbo de la cantimplora.

—Bienvenido a Andersonville.

Meg sintió cómo la aflicción le atenazaba el pecho, oprimiéndola un poco más con cada respiración. El mapa fielmente trazado y mantenido llevaba tanto tiempo formando parte del paisaje doméstico que había aprendido a enterrar su significado. Después de tantos años, y en una ciudad que se había enriquecido y prosperado a costa de la guerra, su padre aún no era libre de la prisión que lo había destruido.

